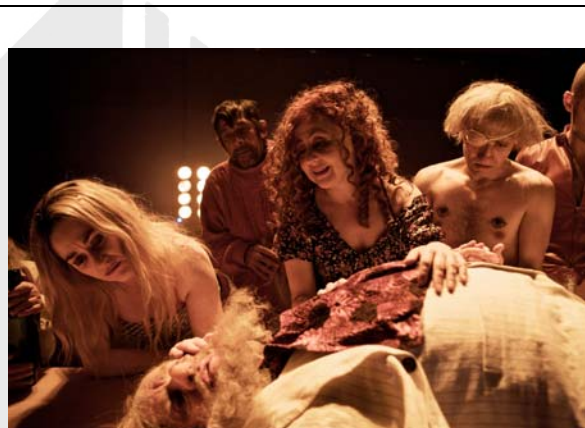


Luces y sombras de Falstaff

Por Javier Villán

Amo a Falstaff. Pese a su cinismo de bufón, pese a ser un hijoputa; lo amo porque es mucho más serio de lo que parece. Falstaff es el personaje shakesperiano que más induce a la simpatía y la complicidad. Es un golfo simpático mujeriego y borracho y hace de la mentira un arte. Su filosofía de la vida va más allá de la simple anécdota tabernaria; en el fondo es un nihilista, un descreído, un hedonista sin más limitaciones que los achaques de sus excesos. Y tiene un sentido de la amistad que, a la postre, lo matará de melancolía. El gordo Falstaff conoce todos los secretos del ser humano, pero ignora lo que es la



Los actores durante la representación de *Falstaff*. Foto: Valentín Álvarez (CDN).

razón de Estado. Por eso no entiende la desafección del príncipe Enrique, cuando llega a rey. Falstaff no encaja con ninguno de los terribles personajes de Shakespeare, pero encarna otra forma de tragedia: la de la amistad rota, el canalla traicionado. Hay en este *Falstaff* de Andrés Lima escenas, cuadros, secuencias dignas de una antología del teatro; la simplificación de las batallas en dos campos mínimos y austeros; las juergas de la taberna *La Cabeza del jabalí*, donde sobresalen Carmen Machi como Doña Rauda y Rebeca Montero como la Rompesábanas. La mano de Lima como director de actores que doblan o triplican personaje es una mano mágica y de ella se beneficia Carmen Machi en el arzobispo pelón. Raúl Arévalo es un estupendo Príncipe Enrique y Alejandro Saá un brioso Espuela Ardiente. [...]

La dirección de Lima causa cierta perplejidad. Este término, perplejidad, no contiene un juicio de valor sino varias interrogantes. Su papel de factótum, de ordenador visible de la escena, de maestro de ceremonias ¿es absolutamente necesario? Tiene cierto tinte de distanciamiento brechtiano y se autodenomina Rumor, lo que añade confusión innecesaria. [...]

Quizá esa omnipresencia de Andrés Lima justifica las afortunadas incursiones del texto en el metateatro que definen no sólo una filosofía escénica, sino que aportan luz a la naturaleza de ese odre de vino traicionado que es Falstaff. Vean: «No he fingido (...) fingir la muerte para seguir vivo no es fingir; es dar la verdadera imagen de la vida». Pues eso.